

creamos un instante para que la gente se detenga a escuchar –¿me gusta? ¿qué siento?–, empieza a girar la llave. Porque el camino más corto hacia el arte no es la razón¹⁰.

El patrimonio es huella

Jesús Mateos Mateos
Bollullos Par del Condado
medioambiente@donana.es

Lo que resta después de la deriva, lo material y lo intangible, la relación entre lo aparentemente humano y la perspectiva ecológica, la forma y la sustancia, la red de la historia, los avatares que han producido paisaje, la concupiscencia y la muerte (Eros y Thanatos), lo que está escrito y lo imperceptible, la magia y la religión, las costumbres y los fenómenos, la fauna y los bestiarios medievales, la literatura y la agricultura, el tiempo que ha fosilizado...

De todo esto y de otras estructuras más sutiles está compuesto el Patrimonio; de naturaleza y cultura. El Patrimonio es una heredad en un sentido amplio, un continuo testimonio que nos habla como espejo, que nos interpreta y nos asume, nos agiganta o empequeñece, nos adula o nos esclaviza. En tanto que participa de una entidad corpórea, se manifiesta abiertamente a los sentidos y soporta interpretaciones más o menos ajustadas a la objetividad. En cuanto a su componente espiritual, se amplía la susceptibilidad y sus cauces interpretativos se desparan en cuestiones fronterizas con la afectividad, si no con el sentimentalismo.

El Patrimonio deja secuelas, es modelador de caracteres y determina la personalidad colectiva de las comunidades. Por esto mismo, su función de espejo aparece en su

esencia, es consustancial con su fundamento. Carlos Colón (profesor de la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad de Sevilla) considera al Patrimonio “no sólo como espejo de cuarto de baño que permite auto-reconocerse en el mañana de todo cambio, ni como espejo de sastre que permite comprobar la adecuación de la indumentaria cotidiana al cuerpo de historia, sino también como espejo erótico: como objeto de arte que causa placer”.

El Patrimonio es el espejo que nos identifica, que nos devuelve la imagen de lo que somos y de lo que fuimos, e incluso sugiere las claves escondidas de las causas que nos han configurado como individualidades y colectividades. Por otra parte, relaciona el espacio presente con el tiempo pasado, es la conexión con la historia, el enfoque que da sentido al flujo de nuestro devenir, lo que explica los cambios, siendo cambio al mismo tiempo.

Pero es su dimensión placentera la que nos interesa resaltar. El Patrimonio, que se anuncia como modelo artístico, delimita los márgenes estéticos que produce emoción y, por tanto, es generador de sentimientos. Su carga afectiva está en razón de su potencial seductor, esto es, a su fuerza de arrastre, a su poder de convocatoria, a su eje atávico de atracción por aquello que forma parte de nosotros, como la belleza, la *significatividad*, la expresión, la comunicación...

Pero además, el Patrimonio es un producto cultural y como tal, resulta fácilmente manipulable. En el pasado imperaba un modelo que lo identificaba exclusivamente con la cultura material (objetos y bienes de entidad tangible), con las elites culturales e intelectuales, y con criterios de selección en razón al factor “tiempo” (testimonios históricos y/o arqueológicos) y a su valor artístico y de representatividad (escasez, excepcionalidad...). El concepto de Patrimonio suponía un exclusivo club restringido que dejaba fuera aquellas manifestaciones no mensurables por unos criterios de dudosa eficacia para comprender el mundo desde una dimensión holística.

Sin embargo, el actual modelo de Patrimonio supone una renovada actitud aperturista, englobando a todas las manifestaciones a través del tiempo, y considerando que la identidad del presente representa únicamente la última fase de un proceso inacabado. En este nuevo paradigma, las creaciones culturales son el testimonio de los modos de vida, valores y creencias, tanto de los diferentes grupos sociales que lo conforman como de la propia sociedad en sí. Abarca tanto la cultura material como la inmaterial, las expresiones de la identidad étnica de un pueblo y de su configuración a través de la historia, e incluye, dentro de los bienes a valorar y conservar, los paisajes culturales. Esto es, la naturaleza (el territorio) y el ser humano

(la humanidad) aparecen como una realidad indisoluble.

El Patrimonio es huella indeleble, en él se encuentra contenido las causas y las consecuencias, y para alcanzar una comprensión cabal de la Humanidad resulta imprescindible aprehenderlo y comunicarlo (el patrimonio no es nada si no se proyecta, si no enraíza en las sociedades). Dentro de ese esfuerzo por comunicar, por configurar un proceso que permita poner en conexión al objeto o suceso patrimonial con la audiencia, la presentación del mismo tiene que producirse de forma contextualizada; el Patrimonio significa en cuanto está en contacto con el entorno que lo ha modelado, siendo la comunicación *in situ* el recurso más estimado para que el mensaje repercuta en el público.

La comunicación es un proceso vivo, esto significa que es un organismo que actúa de intermediario con otra entidad viva (nosotros). A la vez, se integra en las necesidades y expectativas humanas con naturaleza propia. La más efectiva comunicación es la que nos repercute, y en este sentido, la emoción es la vía que nos conduce a integrar los componentes abstractos con los sensoriales. La emoción es un sentimiento total, afecta tanto al nivel de la piel como al de las profundidades insondables.

Producir esa emoción tiene mucho de arte (“el arte de explicar el lugar del hombre en su medio”), de dominio de un lenguaje universal donde caben tanto los silencios como los discursos de la luz, la música, la elocuencia, la escena, la psicología y la chistera del ilusionista. Conjuguar todos esos recursos en un proceso comunicativo es la forma de hacer que el Patrimonio no aparezca como mero objeto museístico, como un recorte de la realidad pegado a un álbum de recuerdos, sino como la realidad misma, con todos sus sonidos y colores, con todas sus contradicciones.

Presentar el Patrimonio como huella es lograr extenderlo a la condición de las cosas que siguen sucediendo, sin retranquearlo a una entidad ficticia que tal vez murió y se mantiene conservada en formol. La clave sería seducir para comunicar, emocionar para hacer vivir realidades, sugestionar para transmitir la comprensión, extender un puente entre lo que está visible y lo que permanece latente en el alma de las cosas.

¹⁰ HORN, Rebecca.

<http://docentes.uacj.mx/fgomez/museoglobal/photogallery/H/rebecca%20horn/exposicon%20internacional%20venezia/C3.JPG>